



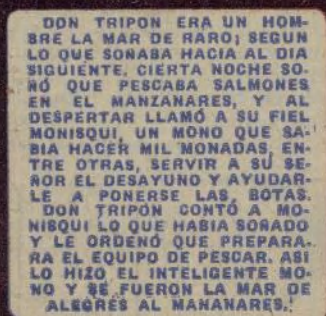
Jeromín

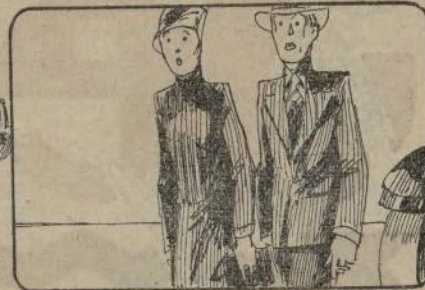
AÑO II

Revista para jóvenes

MADRID

NUM. 54





trabajan con entusiasmo porque nada le falte. Amalia, con objeto de no dejar solo a su buen padre, borda en casa. Tomás ocupa, merced a su honrado comportamiento, un buen puesto en la fábrica.

Se siente el ruido de un automóvil, Amalia deja un momento su labor, y se asoma al balcón, a tiempo que ve descender del coche una señora de edad avanzada, acompañada de un señor, como de unos treinta y cinco años de edad.

Amalia sigue en su puesto de observación, y oye al señor que pregunta a un transeúnte por la casa de Tomás Hernáiz. Se retira del balcón, y, estaba contándose a su padre y hermano, cuando... Tan, tan... Llaman a la puerta.

Después de los saludos de rigor, toma la palabra la señora del «auto», y dice:

—Venimos a saldar con todos y en particular con Tomás, una deuda de gratitud. Yo soy aquella mujer a la que, hoy hace

precisamente quince años, socorrió Tomásito con parte de la limosna que aquel día había recogido, con lo que pude ver a mi hijo, que es este señor que me acompaña, el cual se hallaba enfermo en un hospital de la capital. No quiso Dios privarme de mi querido hijo; pasó la gravedad y pronto recuperó la salud.

En Montevideo residía hacía muchos años un hermano mío, el que al morir su esposa, nos llamó, y una vez que estuvi-



mos en aquella población americana, colocó a mi hijo en su comercio que de día en día prosperaba más, por lo que mi hermano (q. e. p. d.) daba gracias a Dios por su idea de poner a mi Joaquín al frente de sus negocios.

Al morir mi querido hermano y protector, dejó a Joaquín el comercio y buen capitalito, y a mí lo suficiente para vivir con bastante comodidad.

El venir ahora a España ha sido exclusivamente para saludar a ustedes, y cumplido este deber nos retiramos.

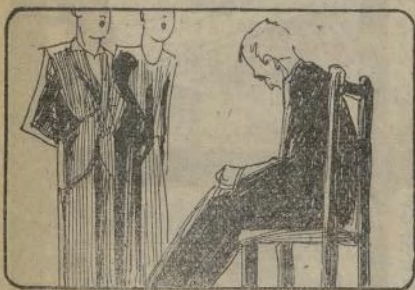
En el Palace Hotel de Madrid nos tienen todo este mes a su disposición. Dicho esto se despidieron, y una vez en el «auto» partió éste con gran velocidad.

Padre e hijos se quedaron comentando el correcto proceder de sus visitantes.

—No merecía—dice Tomás—que estos

señores se hayan molestado en venir a dar gracias por una cosa tan insignificante, pues mi acción no tuvo mérito toda vez que en aquella ocasión no hice más que cumplir un precepto de nuestra Santa Religión.

Padre e hija asientan a lo dicho por Tomás, cuando al ir Amalia a coger el bastidor que sobre una silla había dejado, vió un sobre cerrado con la dirección a nom-



bre de su hermano, por lo que dirigiéndose a él y en tono de broma, le dice:

—Tomás, ten esta carta que sin duda se te ha caído. ¿Es de tu novia?

—No es mía, responde Tomás.

—No te hagas el tonto, ¿no ves tu nombre puesto en el sobre?

Tomás la abrió, y ¡oh sorpresa!, contenía una carta y diez billetes de a mil pesetas.

La carta decía así:

«Querido Tomás: Dios ha querido que

tu sublime rasgo de caridad reanizado hace quince años pueda recibir su merecido premio.

Adjunto hallarás diez mil pesetas que repartirás con tu hermana. Tu padre percibirá desde hoy una cantidad que le permitirá pasar la vida llena de tranquilidad, en lo posible, dado su desgraciado estado de salud.

Les rogamos acepten este pequeño obsequio, que no es nada para nosotros que somos ricos, comparado con aquel de cua-

tro pesetas y el pan con que tu siendo pobre me socorriste.

Reciban ustedes el cariño de sus buenos amigos, Matilde y Joaquín.»

No contentos con lo hecho, estos agradecidos señores, colocaron a Tomás en su comercio con un gran sueldo. Joaquín, enamorado de Amalia, se casó con ella, y padres e hijos vivieron felices e hicieron muchas obras de caridad.

F. R. ZARZOÑA.



ESTE CONEJO NO SE MEES-
CAPA DON DONA GASTE



RA PUESTA ADUI, CUANDO
VAYA A SALIR SE QUEDA



RA DENTRO.!!!



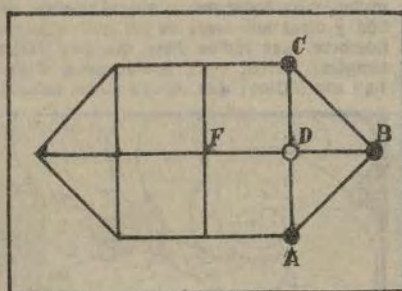
LO QUE MAS SIENTO ES LA
TUMOR QUE ME ESPERA...



EL MAYOR DE LOS MALES ES EL PECADO

Extraviándose el célebre poeta Sadi en un espeso y escabroso bosque, encontró tendido en el suelo y revolcándose en su propia sangre, a un pobre viajero que había sido mordido por un tigre y daba lastimosos gritos de dolor. Tales fueron las palabras de que Sadi se valió para consolarle, y de tal modo le excitó a sufrir con resignación las contrariedades de esta vida, ponderándole la gloria que con ello se alcanza en la otra, que el moribundo cesando en sus quejas, reflejó en su semblante la satisfacción y serenidad más completa y exclamó: —Dios mío, te doy gracias porque me has deparado tan buen consejo a última hora; más vale ser mordido por un tigre que por el pecado. No hay mayor dolor que el que causan los remordimientos de la conciencia.

Así es, amiguitos míos; ningún mal del mundo puede compararse al de una conciencia herida por el pecado.



JUEGOS DE NIÑOS



RECREOS CIENTÍFICOS

LA LIEBRE Y LOS PERROS

Este juego se practica en un tablero como el que indica la figura y con las tres fichas negras A B C y una blanca D que se colocan en los lugares que se expresan en el dibujo.

Las fichas negras se llaman *perros* y avanzan solamente en dirección vertical o inclinada.

La blanca, que se llama *liebre*, es la que comienza el juego, yendo al centro F, y desde allí tiene libertad de moverse en todas direcciones. Los perros, en cambio, pueden avanzar en la forma dicha, pero no pueden retroceder.

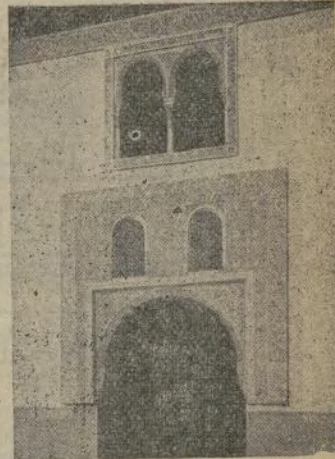
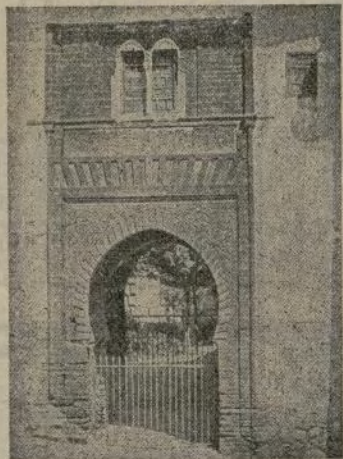
Si los perros consiguen encerrar a la liebre, ganan el juego. Si, por el contrario, la liebre consigue escapar, gana ella el juego.

Si se juega bien, los galgos ganan casi siempre el juego; pero si la liebre deduce bien los movimientos de los perros, consigue escapar fácilmente.

DESTAPAR UNA BOTELLA SIN SACACORCHOS

Cuando estéis en alguna reunión en la que haya convite y al pretender destapar una botella de vino o licor haya alguna dificultad, sobre todo si no hay a mano un sacacorchos, se os ofrece una ocasión, que ni pintada, para lucir vuestro ingenio. Podéis decir: «No se apuren, señores; yo, sin tocar el tapón, voy a destapar la botella.» «¿Cómo?», preguntarán admirados. «Muy sencillo. Ahora lo verán.» Cogereis la botella con mucha solemnidad, para dar importancia a lo que vais a hacer. Todos mirarán con expectación vuestras manipulaciones. Os vais con la botella a una pared, y colocando sobre ésta, sostenida con la mano izquierda, una servilleta o un paño cualquiera, dais sobre el paño, contra la pared, con la base de la botella, repetidos golpes y, así, lograréis lo prometido, esto es, que salga el tapón, ni más ni menos que si se tratara de una botella de gaseosa. La explicación es sencilla: al detenerse la botella por efecto del choque, el líquido rebota e impulsa al tapón hacia fuera.

ESPAÑA MONUMENTAL



La Alhambra.

Cuando Granada se hizo independiente y empezó a reinar en ella la dinastía de los reyes Nazaríes, eligieron esos reyes por morada el Castillo rojo o Alhambra, fortaleciéndola y embelleciéndola con el refinado gusto que sabían desplegar en el interior de sus moradas los hijos de Mahoma. Cada rey la embellecía con nuevas construccio-

nes, hasta llegar a lo que fué y sigue siendo: la admiración del mundo.

El día 2 de enero del año 1492, los Reyes Católicos Doña Isabel, la reina más grande de la historia, y Don Fernando, conquistaron Granada, huyendo al Africa, vencido, el último de los reyes árabes del reino de Granada, llamado Boabdil, que, según las crónicas, lloró al perder de vista a su bella Alhambra, por lo que le di-

jo su madre: «Llora como niño la pérdida de tu reino, ya que como hombre no supiste defenderla.» Las fotografías que hoy publicamos representan: la primera, la Puerta de la Justicia; la segunda, la Puerta del Vino; la tercera, la Puerta meridional del palacio de Carlos V, y la cuarta, una portada del Patio de la Alberca.

(Continuará.)



Cascarilla



A Rosales Cascarilla vase con la borriquilla.



A unos barquilleros llama, pues de comer siente gana.



Con suerte la rueda ha dado, y más de ciento ha sacado.



La burra, una peborera, creyó era la barquillera.



La cabeza fue a sacar y no lo pudo lograr.



Maravillosa Hitoria de Jeromin



—A fuerza de estudios, yo he descubierto la nada, para hacer oro, plata, alimentos, perlas, y bñ y otras mil cosas de las que tanto ostentan los hombres. Los sabios dicen que hay varios cuern simples; están, creo, equivocados. Para mí hay uno: Dios; que con su poder infinito da se



opino está todo el misterio. La prueba es que, mediante reacciones, diversas temperaturas, etc., un cuerpo cualquiera, se obtienen otros muy diferentes. Esto todos los días lo estamos viendo. Para realizar tales transformaciones, no se prece un sabio; un pastorello, al encender jumbres



—Oh, señor—dijo JEROMIN—, ¿y por qué dais a conocer esas fórmulas maravillosas para felicidad de la humanidad? —¡Já... já... já!... se estrepiosamente al sabio, ¿Qué inocente! Eso no da la felicidad. Hoy, amiguito mío, la manidad dispone de más riquezas que ha si



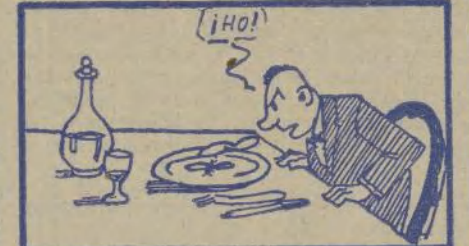
la nada, le bastó crear un solo cuerpo para dar vida a la gran variedad de seres que componen el mundo. —Eso es maravilloso—exclamó JEROMIN. ¿Cómo puede ser? —Todo se reduce a la combinación que se haga de los átomos de ese cuerpo y de la forma que se den a tales átomos. En eso



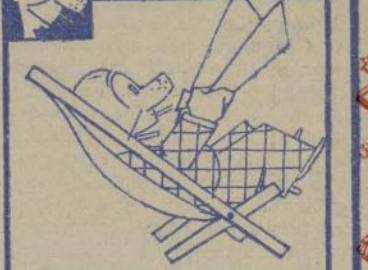
el monte, transforma la madera en gases, en carbón, en ceniza, etc. Lo que el hombre no puede hacer es crear ni reducir a la nada; eso sólo Dios puede hacerlo. Pero transformar, sí; yo, a fuerza de mil experiencias he logrado, como te he dicho, transformaciones muy sorprendentes. Ya lo verás.



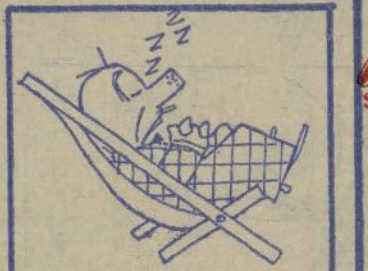
de más comodidades, de más medios, para hacer producir a la tierra y, sin embargo sigue tan desgraciada o más que entonces. ¿No ves con qué ahinco luchan hoy los hombres entre sí? Pues esas luchas son la prueba de que no son felices: los felices no regañan de esa forma. (Continuará.)



Repollo



Como ustedes pueden ver, se ha comprado una «gandula» Repollo, para leer.



Como tan a gusto está en su «gandula», Repollo, muy largos sueños se da.



Don Severo tiene envidia y le juega una traxada con muy marcada perfidia.



Repollo, según costumbre, recostóse en la «gandula» con toda su «pasadumbre».



Con los dientes, el rastrillo pincha en «salva» sea la partes a Repollo, el pobrecllo.





Cuentos fantásticos

Simbad, el marino

(Continuación.)

enanos no podíamos oponerles resistencia. Si matábamos a algunos, nos aniquilarían sin remedio, porque su número era mayor que el de una plaga de langostas. En efecto, una nube de hombrecillos de dos pies de altura y de aspecto repugnante, rodearon, nadando, el buque, y se subieron por todas partes con la ligereza de los monos, sin cesar de dirigirnos la palabra en un idioma que no comprendimos. Envalentonados con nuestra pacífica actitud, nos obligaron a desembarcar, llevándose el buque a otra isla, y tristes y desesperados nos fuimos en marcha hasta llegar a un gran palacio, cuyo vestíbulo nos causó espanto al ver esparcidos por el suelo huesos y fragmentos de miembros humanos. La puerta de la



habitación se abrió de improviso y apareció un hombre negro de horrible figura, y alto como un pino. Tenía un solo ojo en medio de la frente, inflamado y rojo como un ascua encendida, los dientes afilados cual los de una fiera, las enormes orejas le caían sobre los hombros, y las uñas largas, puntiagudas y semejantes a las garras de las aves de rapina. A la vista del gigante nos quedamos muertos de terror. El monstruo me asió por la cintura con la misma facilidad que si hubiera sido una costilla de carnero, y al verme tan flaco me soltó, examinando sucesivamente a los demás compañeros de infortunio. El que más le agradó fué el capitán, a quien atravesó el cuerpo con un pincho de hierro, encendió fuego, lo asó como a un pajarito y se lo cenó con las mayores demostraciones de agrado. En seguida se puso a dormir, y el bramar del viento y el rugir de la tempestad no son nada en comparación de sus ronquidos.

Tan horrible nos pareció a todos nuestra situación, que muchos de mis compañeros estuvieron a punto de ir a arrojar al mar, antes que esperar una muerte tan horrible como la que les estaba reservada. Entonces dijo uno de ellos:

—Nos está prohibido quitarnos la vida por nuestra propia mano; pero, aunque nos estuviese permitido, ¿no es más razonable que nos deshagamos de ese monstruo?

—¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?— exclamé yo.

Todos los compañeros aprobaron la idea.

—Queridos hermanos—les dije—, en la playa hay mucha madera; construyamos barcas, y cuando las tengamos terminadas aprovechemos una ocasión para huir. Entretanto, pongamos en ejecución el proyecto de librarnos del gigante: si lo conseguimos, podemos esperar que llegue un barco que nos saque de este lugar maldito; y si nos falla el golpe, ganamos las barcasas y nos ponemos en salvo.

A todos agradó mi plan y construimos en seguida varias barcasas, capaces para transportar tres personas.

Al caer de la tarde volvimos al palacio: el gigante llegó poco después que nosotros. Forzoso nos fué presenciar cómo se comía otro compañero nuestro; pero aquella misma noche nos vengamos de su crueldad.

Cuando terminó su detestable cena, se acostó en posición supina y no tardó en dormirse. Apenas le oímos roncar, pusimos al fuego una barra de hierro puntiaguda y, cuando estaba al rojo blanco, le atravesamos con ella el ojo.

El dolor que experimentó le hizo lanzar un grito espantoso. Se levantó como una fiera con los brazos extendidos, tratando de coger alguno de nosotros en quien desahogar su rabia. Vanos resultaron, empero, sus intentos, y entonces buscó a tientas la puerta y salió del palacio, aullando horrosamente.

Salimos en pos de él y a todo correr nos dirigimos a la playa, al lugar donde tenían las barcasas que en seguida botamos al agua y nos embarcamos en espera de que despuntase el día. Mas a los pocos momentos aparecieron numerosos gigantes, y mientras nosotros bogábamos con todas nuestras fuerzas, ellos nos arrojaban enormes piedras y hacían naufragar todas las barcasas, excepto la en que yo me hallaba, y todos los hombres que transportaban perecieron ahogados.

Mis dos compañeros y yo logramos llegar a alta mar y entonces nos vimos a merced de las olas y en grave riesgo de perecer también. Pasamos todo el día y la noche siguiente en una cruel incertidumbre acerca de nuestro destino; mas al salir el sol conseguimos tomar tierra en una isla en la que encontramos exquisitas frutas con las que pudimos reponer las fuerzas perdidas. Nos dormimos luego en la playa, pero en seguida nos despertó el silbido de una serpiente.



Estaba tan cerca de nosotros, que se tragó a uno, a pesar de nuestros gritos y de los esfuerzos que aquél hacía para escapar a la muerte. Mi otro compañero y yo emprendimos la fuga, y nos refugiarnos en la copa de un árbol elevadísimo, donde pensábamos pasar la noche. No tardamos, empero, en oír de nuevo a la serpiente, que se enroscó en el tronco del árbol y agarrando a mi compañero lo devoró también.

Cuando fué de día bajé del árbol más muerto que vivo, pues estaba persuadido de que me esperaba una muerte horrible. Cansado y con la desesperación en el alma, me alejé del árbol y me dirigí a la playa, con ánimo de arrojarme al mar; pero Dios tuvo compasión de mí, y en el momento que iba a realizar mi culpable designio, vi un buque en lontananza. Grité con toda la fuerza de mis pulmones para ser oído y agité al aire mi blanco turbante con objeto de

(Continuará.)

D. Quijote de la Mancha



(Continuación.)

Extremadura para pasarse a los reinos de Portugal: la Torralva, que lo supo, se fué tras él, y seguíale a pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara. Mas llevase lo que llevase (que yo no me quiero meter ahora en averiguarlo), sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana; y en aquella sazón iba crecido, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado de la otra parte; de lo que se acongojó mucho porque veía que la Torralva venía muy de cerca y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vio un pescador, que tenía junto a sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase a él y a trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó a volver y tornó a pasar otra... Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra del. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver; con todo esto, volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas—dijo Don Quijote—; no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora?—dijo Sancho.

—Yo ¿qué diablos sé!—respondió Don Quijote.

—He aquí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta. Pues, por Dios, que se ha acabado el cuento; que no hay pasar adelante; porque así como yo pregunté a vuestra merced que me dijese cuántas cabras había pasado, y me respondió que no sabía en aquel mismo instante se me fué a mí de la memoria cuanto me quedaba por decir; a fe que era de mucha verdad y contento.

—¿De modo—dijo Don Quijote—que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre—dijo Sancho.

—Dígame de verdad—respondió Don Quijote—que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida; aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser—respondió Sancho—; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir; que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere—dijo Don Quijote—, y veamos si se puede mover Rocinante.

Tornóle a poner las piernas, y él tornó a dar saltos y estarse quedado; tanto estaba de bien atado.

(Continuará.)

La España Gloriosa



NUMANCIA

(Continuación.)

rehusaron admitirlo. Lo que ellos pedían era, o que lo pactado se cumpliera, o que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenían cuando se hizo el ajuste, entregándoseles los veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La petición era a todas luces justa, pero se la hacían a Roma.»

Tres cónsules llevaba ya vencidos Numancia, cuando la desleal Roma envió contra ella a Emilio Lépido, en substitución de Mancino; pero aquél hubo de ser reemplazado a su vez después de haber sufrido gran derrota por parte de la ciudad de Palencia, a la que atacó so pretexto de que había abastecido a Numancia.

Vino en lugar de Lépido el cónsul Lucio Furio Filón, y, al cabo de un año, fué substituído porque en todo ese tiempo no hizo más que contemplar una ciudad a la que no se atrevió a acometer; y su substituto, Calpurnio Pisón, se limitó a invernar lo más cómodamente posible y a desmoralizar a las tropas con su codicia, dejando que se relajase la disciplina.

«Roma, la soberbia Roma, llamaba ya a Numancia «el terror de la república»; los ciudadanos no osaban pronunciar su nombre. Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando a la capital del mundo. Con indignación, más que con dolor, veía cómo iban quedando enterradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera capaz de domar esta ciudad heroica que el que había destruído a Cartago», la gran población que contó setecientos mil habitantes, borrada de la faz de la tierra por Escipión, llamado el «Africano».

Comenzó el gran general por reparar los males que Calpurnio Pisón había introducido en el ejército sitiador de Numancia, haciendo más guerra a éste que al numantino; limpió el campamento de gente extraña; suprimió las camas en que los soldados acostumbraban dormir, substituyéndolas con sacos, en que él mismo dormía para dar ejemplo; empleó a sus hombres, para hacerles fuertes, en frecuentes y penosos trabajos, en llevar estacas para levantar empalizadas y trincheras, a los que ni aun podían sufrir el peso de sus armas; en levantar vallados y muros y destruirlos luego; en marchas y contramarchas y en cavar fosos y replenarlos.

—Que se manchen de lodo—decía—ya que tanto temen mancharse de sangre.

Así pasó el invierno y, llegada la primavera, Escipión organizó formalmente el sitio de Numancia con un ejército de «sesenta mil combatientes», que habían de luchar contra «cuatro mil».

Los sitiados realizaron una salida desesperada, y entonces, dice Floro, «se vió por primera vez lo que nadie se pudo figurar: retroceder a los numantinos, y aun que consintiesen en entregar la ciudad si se les ofrecían condiciones que fuesen, tolerables a hombres de valor.»

Escipión, empero, decidió a conseguir la victoria completa y sin restricciones y rendir la ciudad por hambre, sin presentarle batalla, la hizo circunvalar, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. «Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa

(Continuará.)



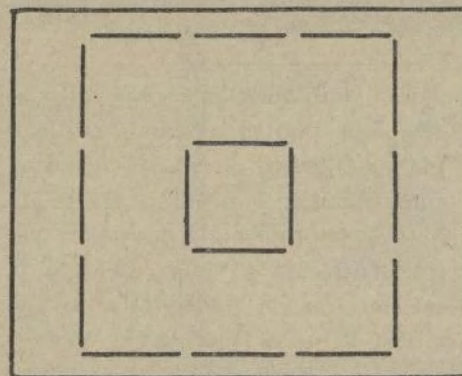
ROMPE CABEZAS



1.º Trazad una línea por los puntos, desde el 1 al 40 y veréis lo que entusiasma a ese niño.

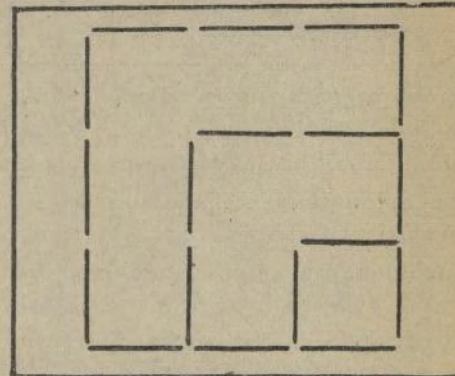


2.º Cantar geroglífico.



PROBLEMA

¿Sabréis quitar dos líneas y arreglaros de forma que aún queden dos cuadros?
(La solución, en el próximo.)



SOLUCIÓN DEL ANTERIOR

LA MAS AMENA Jeromin LA MAS INSTRUCTIVA
REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERON DE LA BARCA, 4. MADRID
•••TELÉFONO: 18491•••

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR
♦♦♦ LOS PAGOS ADELANTADOS ♦♦♦





Julio, joven suizo, sanote e intrépido, natural de una pequeña aldea situada en una vertiente de los Alpes, solía dar todas las mañanas largos paseos calzado con sus skis. Un día que, desde lo más alto de una montaña, contem-



plaba el bello panorama que ofrecía su aldea rodeada de nevados montes, oyó con toda claridad un sonido semejante al que produce el bosque azotado por el huracán.

Miró y vió aterrado que la nieve acumulada en la ladera de la mon-



taña en que se asentaba su pueblo, comenzaba a deslizarse. Era el comienzo de una terrible avalancha que podía sepultar a la aldea. Julio emprendió un rápido descenso, sin preocuparse de los peligros, deseoso de llegar a tiempo para sal-



var, cuando menos, la vida de sus paisanos. «Ignoran, se decía, el gran peligro que les amenaza y yo podré dar la señal de alarma si logro llegar cuanto antes a la iglesia.» Y salvando con arrojo los



precipicios llegó, al fin, a las puertas del templo; se quitó rápidamente los skis y abrió la puerta. Emocionado y casi sin aliento, se dirigió a la escalera del campanario.

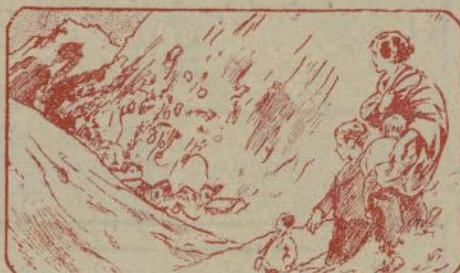
«El tiempo es oro», se decía



mientras subía a toda prisa la empinada grada de la escalera. Cuando llegó a lo alto del campanario, se apoderó de la cuerda de la campana y, con toda energía, comenzó a repicar a fin de alarmar al ve-



cindario para que se diera cuenta del peligro. «Tilín, tilán! ¡Tilín, tilán!» repicaba incesante la campana, dando la señal del peligro. Apercebido de ésta los aldeanos, abandonaron rápidamente sus casas y huyeron a lugar seguro. Poco después la avalancha de nieve



cayó, seputándolas, sobre las casas. Los pobres aldeanos contemplaban, llenos de dolor, como el pueblo entero quedaba enterrado bajo la enorme mole de nieve; pero, dentro de su pena, sentían la satisfacción de haber salvado sus vidas. Y como la causa de esto ha-



bía sido el aviso de Julio, fácil es de imaginar la gratitud que todos sentían hacia él. «Exponiendo tu vida, le dijeron, has salvado la nuestra; el pueblo te proclama su salvador e hijo predilecto».

